

## artes plásticas

### año uno luna pedro coronel

Por Jesús Velasco Márquez

El arte, en cualquiera de sus manifestaciones, ha sido un medio de comunicación extraordinario. A través de su lenguaje el hombre se entrega pleno de sinceridad; sin subterfugios el artista plasma su verdad y nos regala su visión comprometida del mundo. El espectador, de la misma manera, en la medida de sus posibilidades capta, aprehende esa verdad; en el pasmo de la sorpresa, de lo inesperado, descubre en los signos, en las líneas y en los colores, un mundo donde lo cotidiano se vuelve único y diferente. Entonces el diálogo se entabla, el hombre se trasciende, el arte se constituye.

No resulta necesario el alarde de originalidades externas, de frases previas, de títulos que precedan las actitudes, para lograr esta sencilla finalidad. En ocasiones los medios tradicionales, aparentemente agotados, logran en plenitud cum-

plir con su cometido. Baste para ilustrar lo dicho recordar los afanes de Siqueiros en su *Polyforum* o las pretensiones de un *Salón de Independientes*, aún no muy lejano de nuestra memoria, y luego, comparar esto con la sencilla exposición de pinturas de Pedro Coronel titulada: *Año Uno Luna* (marzo-abril, Museo de Arte Moderno). Los primeros se dan, más que a la creación de obras, a la fabricación de un aparato publicitario para poder atraer y sostener su actitud; pretenden innovaciones formales con la finalidad de impresionar al transeúnte de Insurgentes o al estudiante universitario; las más de estas supuestas innovaciones resultan anacrónicas y sintomáticas de una total carencia de imaginación; las obras, son en el mejor de los casos, artificiosos trucos y, en el peor, intrascendentes vulgaridades.

Coronel,  
*Año I Luna*



Por el contrario Pedro Coronel, con los medios tradicionales, con un lenguaje formal exento de desplantes artificiales, nos da una visión verdaderamente original, humana. De pronto nos sorprende mostrando la falsedad de ciertas afirmaciones que sostienen que la pintura está agotada; demostrando que aquello que comúnmente consideramos muerto, tiene su valor y su vigencia cuando atrás de esto la sinceridad lo sostiene. Coronel comprueba que en ocasiones no hay que inventar nuevas letras ni nuevos sonidos para comunicarse, basta sólo decir las cosas desde dentro y con verdad; entonces el lenguaje es auténtico y original.

Las obras que ahora son objeto de nuestro interés, realizadas durante su estancia de casi dos años en Roma, son una buena síntesis de todo lo que había venido haciendo; son, además, una sorpresa por la novedad que poseen frente a la obra anterior del artista. Aquí ya no hay la búsqueda de texturas ni de efectos; hay sólo planos de color que van creando variadísimas formas, unas aludiendo sutilmente a la realidad, otras definitivamente abstractas, que a veces se muestran plenas y otras se entrelazan en sinuosas mezclas. La sencillez y el barroquismo se dan simultáneamente y conducen, de pronto, a un espacio en que la angustia y la calma, la ternura y la agresividad se tornan inseparables.

Mas en todo, el color es el que habla, la exposición es un vértigo cromático que fascina, que aturde. Coronel se entrega por medio del color, se da al mundo a través de este elemento. Es el color de sus obras el que atrae o rechaza, el que abre el camino a la comunicación. Las tonalidades son violentas y suaves a un mismo tiempo; en las combinaciones hay el ímpetu brutal de la pasión y la serena sabiduría de una reflexión racional. Si hasta ahora Tamayo resultaba ser el más refinado colorista que habíamos tenido, Coronel lo rebasa porque, justamente, no se da con superfluos refinamientos: se entrega desnudo, abierto. Su obra trasciende porque es actual y lo es, ya que expresa los deseos del hombre —siempre nuevos y siempre viejos—, ya que se entrega con las posibilidades esenciales de su ser y, además, con una lúcida conciencia de ello.

Año Uno Luna es el deseo de liberación del hombre, es el reconstruir la vida desde un plano superior; con claridad, sencillez y, sobre todo, con una gran pasión. El hombre, el artista recrea, desde un nuevo punto de vista, su realidad más cercana y común; en los mismos objetos que le han rodeado siempre, en las mismas formas, aloja nuevos deseos, nuevos sueños y nuevas posibilidades y se compromete con la ardua tarea de rehacer el mundo. Pedro Coronel nos sorprende y emociona porque con línea y color abre un nuevo mundo de posibilidades en donde, hasta ahora, sólo se veía tedio y aburrimiento.